

LA VOCACIÓN DE ESTUDIO EN EL DOCENTE UNIVERSITARIO: UNA NECESIDAD URGENTE

Diego Alejandro Jaramillo, Ph.D.
Vicerrector
Universidad de Los Hemisferios

Ser profesor no es fácil, de eso no hay duda. Sin importar el nivel donde imparte su enseñanza, la educación requiere de competencias tan diversas, que no basta con tener conocimientos en un área o ser bueno en una profesión para enseñar; se requieren habilidades pedagógicas, psicológicas, tecnológicas y muchas veces histriónicas. Esto quiere decir que la docencia es una de las profesiones más complejas que existen, pues la preparación y la actualización deben ser continuas, pues además de la parte académica, que siempre cambia, aparecen nuevos modelos pedagógicos, problemas de aprendizaje y para acabar de subir la complejidad, el profesor debe adaptarse incluso a la jerga de la generación a la que educa. Esto es en general, pero ¿qué decir del catedrático universitario?

Hay quienes se preguntan qué significa ser profesor universitario (A. Gewerc y L. Montero, 1996), cuya respuesta está relacionada con las características que lo identifican profesionalmente, lo cual está a su vez determinado por las condiciones históricas y los contextos institucionales en que desarrollan su labor. Es decir, que caracterizar al profesor universitario presupone tener en cuenta los momentos históricos actuales de inicios del siglo XXI y las peculiaridades de las instituciones universitarias donde laboran debido a que entre ellas existen grandes diferencias estructurales y funcionales, en dependencia no solo de su nivel de desarrollo, historia y tradiciones sino también de las áreas geográficas donde se encuentran insertadas, así como las condiciones sociales, políticas y culturales de los países a los cuales pertenecen.

Las nuevas leyes de acreditación universitaria en el Ecuador¹ exigen que la persona que se dedica a la enseñanza superior tenga al menos una maestría en el área en la que enseña y en algunos casos un doctorado. Estamos hablando de una alta preparación en investigación, una continua actualización de los conocimientos y una predisposición para el trabajo burocrático que no siempre es bien visto por los docentes.

De ninguna manera debe parecer que estoy en contra de la mejora continua, al contrario, gran parte de la culpa recae en las universidades, que se preocuparon por preparar a sus estudiantes y no a sus profesores.

M^a Begoña Rumbo (2000) describe al profesor universitario como docente e investigador a la vez, que se replantea continuamente su labor y la adapta al entorno socio-temporal en el que se

desenvuelve. Es quizás en este aspecto donde mejor se aprecia la diferencia entre el catedrático universitario y las otras personas que se dedican a la enseñanza: "a la vez que imparte clases investiga, precisando que esta función investigativa no está relacionada solo con el contenido de las asignaturas y disciplinas que imparte sino también sobre su labor educativa, a partir de la reflexión que hace de ella desde el punto de vista teórico y práctico".

Pero la investigación presenta serias dificultades para algunos profesores y sabemos bien que no todos dedican tiempo completo a mejorar su labor docente. En el Ecuador existe un alto número de profesores que utilizan la docencia universitaria para completar sus ingresos, eso implica que van a la universidad, dan la clase y se van, creando un síndrome de falta de implicación, lejanía con la institución y ausencia de compromiso con el desarrollo académico de sus estudiantes. Claro, no es fácil vivir de la docencia en América Latina y peor aún, buscar profesionales con maestría o doctorado que quieran dejar sus oficinas para asumir la docencia a tiempo completo.

Sin embargo, no es una decisión que se tome de la noche a la mañana; un profesor universitario necesita de un tiempo largo de preparación, llegar a ser un profesional de la educación superior requiere de un proceso de profesionalización que debe comenzar desde la universidad, pues supone un transcurrir por diferentes etapas, cada una de las cuales constituye un salto cualitativo con respecto a la anterior, en las que se van obteniendo diferentes niveles de desarrollo y de competencias profesionales y que no tiene una última etapa porque no termina sino con la jubilación definitiva, debido a las demandas cambiantes de la sociedad a la educación superior. Es decir, estamos hablando de descubrir una vocación dentro de la vocación, pues se requiere de la existencia de estrategias institucionales que estimulen y guíen dicho proceso, además del interés individual de cada profesor implicado.

Este proceso de profesionalización hay que entenderlo como una mejora continua y sistemática de su calificación académica, lo cual presupone un cambio en todos los órdenes, tanto en la labor profesional como mental, pues como afirmó Federico Mayor, ex director de la UNESCO: El cambio es el medio por el cual el futuro invade nuestras vidas (citado por J. Manso, 1999).

El profesor universitario deber ser un edu-

gador, lo que significa trascender las funciones de ser un simple instructor, expositor o dictador de lecciones asequibles en los textos, por lo que necesita de conocimientos psicopedagógicos y conocer a sus alumnos (M. Rodríguez, 1999).

Estas exigencias al profesor universitario no pretenden cumplir solamente con unos estándares, se busca que este profesional que transmite conocimiento conciba al estudiante como persona, es decir, que además de ser un experto en su área, posea conocimientos metodológicos, pedagógicos y psicológicos, para sortear las dificultades que va a presentar el alumno como individuo, contribuyendo también a formar la personalidad.

Tener esta vocación para la docencia universitaria implica una continua ansiedad por actualizarse, pasión por las técnicas pedagógicas que le permitan captar el interés de sus estudiantes, hacer más agradables las clases, mejorar los niveles de aprendizaje e inculcar en sus alumnos valores que los califiquen no sólo como profesionales extraordinarios sino como seres humanos fuera de serie, en medio de un ámbito de investigación que le permita aportarle a la sociedad con nuevas ideas. Es decir, un ente social activo y participativo de los cambios.

Quisiera decir que la docencia requiere de una alta vocación de servicio, de entrega, pero que esto no se confunda con una profesión altruista. El estímulo de esta vocación requiere de políticas económicas para que este docente ocupe el lugar que se merece dentro de la sociedad y alcance estándares de vida que le permitan abarcar todos los límites de su profesión, sin tener que estar pensando en completar en día a día con actividades que lo alejen de su obligación. La docencia universitaria debe ser una vocación rentable, porque bien ejercida se convierte en los cimientos de una sociedad competente.

Bibliografía

- Gewerc Barujel, A. (1996). La construcción de la identidad profesional en el seno de las organizaciones universitarias. Una perspectiva para la formación y el desarrollo profesional. En, Miguel A. Zabalza Beraza (Editor), *Reforma educativa y Organización Escolar*. Volumen: 1 Páginas, inicial: 385 final: 391
- Rumbo Arcas, M. B.. (2000). La Profesionalización